

The poster features a large, semi-transparent image of a woman's face with her eyes looking forward. In the background, there is a photograph of a cityscape with a prominent Gothic-style church with a tall spire. The overall color palette is a muted, greenish-yellow. The text is in a bold, black, serif font.

De Lorenzo
ROMÁN

**AIRES DE
SEPTIEMBRE...**

AIRES DE SEPTIEMBRE.

DE LORENZO ROMÀN.

© Todos los derechos reservados

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, copiar o distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. Con ello, respaldas a los escritores y permites que puedan continuar publicando sus libros para todos los lectores.

Título: *Aires de Septiembre*.

© El autor: De Lorenzo Román

Diseño de la portada:

1ª Edición: julio de 2019

La mañana era tibia como todas las de aquèl otoño. Cuando se abrió la puerta de la micro, el aire de Valparaíso me trajo el olor inconfundible de su mar, de su puerto, de sus barcas. Descendí del destartado vehículo mirando hacia todas partes, sintiendo los ojos de todas las personas puestos en mí. Tenía un sentido de culpabilidad que embargaba mi corazón y, de ahí, mi interés en pasar desapercibido. Mis pasos se dirigían a la entrada de la estación del metro. La estación Puerto, a esa hora, no estaba muy concurrida. Yo miraba a todas las mujeres que había en ella o se cruzaban en mi camino; quería reconocer en cada una de ellas a la persona que estaba buscando. Luego, con el paso de los minutos, me sorprendí a mí mismo por la tranquilidad que me embargó y la sonrisa que se pintó en mi cara, cuando, caminando entre la gente, divisé la figura de Martina... La observé con su mochila al hombro. No era alta, pero su corta estatura me gustaba. Me sorprendió su atuendo deportivo, su calzado... Me descubrió dos segundos antes de que yo me diera a ver, dos segundos antes que me sobraron por que ya había puesto mis ojos en su boca, en sus pechos a pesar de la distancia. No era una mujer que llamara mucho la atención, pero yo la esperaba.

Acorté el camino y nos abrazamos muy fugazmente en el centro de la estación. Ella también miraba a la gente que pasaba cerca e intuí que, como yo, temía ser reconocida por alguien.

-¡Buenos días...!- Saludó.

-¡Hola, buenos días, Martina...!- Saludé.

Me miró varias veces a los ojos mientras yo ocultaba a medias mi mirada.

-¿Hace mucho que esperas...?- Preguntó preocupada.

-No, recién he llegado...- Respondí.

-Se demoró en llegar el colectivo y tuve que tomar micro...- Se disculpó.

Un silencio se hizo entre los dos. Una cita donde había cierto aire de curiosidad por ambas partes; una cita esperada y deseada por mí, sin saber lo que me iba a encontrar. Mis pensamientos volaron hacia el último

beso de mi esposa. Me sentia culpable, pero sabia que de esta cita dependia mucho parte de mi futuro.

-¿Has desayunado...?- Preguntè.

-¡No... Vengo de clases de zumba...! Estoy toda transpirada.-
Contestò

Yo habìa advertido su transpiraciòn por que al besar su mejilla, se quedò en mis labios el sabor salado de su agua. Esperè su decisiòn, esperè a que ella, por que yo desconocìa el lugar, decidiera dònde conversariamos, dònde me iba a decir todo lo que yo queria saber.

-¿Què te parece si nos vamos a mi casa...? Así me ducho y desayuno tranquilos.- Propuso.

-No quiero molestar, pero creo que sería lo mejor, por que he notado que, como a mi, no te gusta que nos vean juntos. ¿Cierto...?.- Dije modestamente reflexivo.

Mi reflexiòn encendiò una luz en sus ojos y una sonrisa pintò su cara. Sin decirnos palabra nos dirigimos hacia la salida en busca de la locomociòn que nos llevarìa a su casa. Al salir, ella se adelantò unos pasos; gesto que yo intuì còmplice para un posible despiste. Mientras, observè su figura por esa parte de su anatomia. Sabìa lo que podia pasar de ir a su casa, sabìa que habìa habido algunas insinuaciones a través del chat y algunas posturas e imàgenes provocadoras por el videochat. Estaba dispuesto a todo por saber lo que queria saber y poder conseguir mis objetivos. Subimos a un colectivo y ella cursò al conductor la direcciòn. Una tercera persona se acomodò a mi lado y ella me acercò a su cuerpo dado que esa persona era mujer y me vi entre dos mujeres. Sentí sus muslos en los mios, su cuerpo sobre mi cuerpo, su mirada en mi mirada, y nada màs pude decir...

Mi cuerpo se encendiò con una subida de sangre en la que demostrè la poca timidez que me quedaba. Mi òrgano masculino saltò entre mis pantalones debido a la proximidad de sus manos en mi pierna. Desviè la mirada de sus ojos y observè el perfil de la seõora que viajaba a mi lado. Dos segundos despuès sentí que dos dedos tomaban mi barbilla con delicadeza, para que volviera a encontrarme con sus ojos. Unos ojos negros que desprendian fuego, unos ojos negros que brillaban de deseo, unos ojos negros que mantenian la mirada. Su lengua pasò despacio

sobre sus labios, mojado la sequedad de los mismos en un gesto sugerente y tierno.

Sabia dònde iba y a lo que iba; ya nos lo habiamos demostrado a través del videochat, donde ella se exhibìa y yo le mandaba mensajes tiernos o poemas donde ponìa a prueba mis dotes de conquistador y, una vez màs, estaba a punto de conseguir lo que queria, una vez màs estaba a punto de triunfar y hacer realidad mis propòsitos. Pero no fui solo yo quien se apuntaba el triunfo, ella llevaba una sonrisa donde se podìa leer la victoria, o una nueva victoria, por haber sabido llevarme a sus dominios. Lo que podìa pasar, pasarìa sin màs...

II

Llegamos a destino y descendimos del auto; observè el lugar cutre y sucio. El mar se divisaba lejano entre bloques de departamentos de distintos colores. Era la primera vez que visitaba aquèl lugar. Me buscò con la mirada y con un gesto de su boca me invitò a seguirla. Al llegar a la puerta de entrada de uno de los edificios puso un dedo en sus lãbios en señal evidente de que guardara silencio; me hice invisible cuando crucè la puerta y ni mis pasos se escuchaban en las escaleras. Ella delante, yo detràs. Subimos acelerados y, cuando entramos en su departamento, una risa nerviosa se adueñò de ella. Mis nervios se fueron calmando y me hice dueño de la situaciòn.

-Toma asiento...- Dijo indicàndome un sofà en el diminuto salòn de entrada.

La mirè mientras arreglaba algùn desorden.

-¡Estas niñas...!- Se quejò con una sonrisa en su cara.

Yo estaba allí por algo, o para algo, y ambos sabíamos lo que era. Puso música mientras se agachaba cerca de mi mostrando aquella parte de su cuerpo redonda y desafiante.

-¿Què música te gusta?- Preguntò para buscar con su mando a distancia.

Mis gustos musicales son muy viejos; los años ochenta fueron los que enamoraron la pobre audiciòn que tenìa. Una melodìa agradable, una canciòn romàntica para la ocasiòn. El amor de mi vida de Camilo Sesto. A ella le encantò.

-Ponte còmodo.- Dijo mientras se perdìa por el pasillo con direcciòn a alguna parte.

En pocos minutos apareciò envuelta en una toalla y con ropa en las manos.

-El hervidor de agua està puesto; me ducho mientras... ¡Ah, por favor, cuida que no se quemen las tostadas...!- Dijo todo aquello con una sugerente sonrisa en su boca y una mirada que infundìa seguridad, y desapareciò tras una puerta que no dejò del todo cerrada.

Un suspiro saliò de mi pecho; yo sabìa donde me estaba metiendo y temìa los resultados que aquella aventura podìa tener para mí. Aùn así puse mis pensamientos en el momento, me entrè en lo que queria

conseguir y lo demás no me importò. El agua estaba caliente. Terminè de hacer las tostadas y busquè entre una multitud de potes el cafè, la leche y la mantequilla. Detrás de mi sentì unos pasos descalzos y un roce sobre mi cuerpo que hizo que mi sangre corriera aun màs acelerada.

Su risa era loca cuando viò la destreza que habìa tenido en la preparaciòn del desayuno. Estaba envuelta en una toalla y secaba su pelo dejando ver la parte màs alta de sus piernas. Traguè saliva. Volviò a salir sabiendo que dejaba en buenas manos los preparativos. Cuando regresò el desayuno estaba ya en la mesa.

-¡Gracias...! Nunca habìa invitado a alguien tan educado y atento.-
La frase me hizo pensar y, como soy de decir lo que pienso, preguntè.

-¿Acaso tienes màs invitados que vienen a verte...?-

-¡Tonto...! Tù eres una excepciòn. Lo decìa por mis amigas y hermana. Nadie se mueve para ayudar, todo lo quieren servido en la mesa...-

Me mirò contrariada por mi pregunta. Yo tuve mis dudas.

Unos segundos màs tarde, mientras huntàbamos la mantequilla, nuestras manos se rozaron y una sonrisa volviò a nuestras caras.

-Martina... Tù sabes a lo que he venido.- Dije sonriendo.- Me gustarìa saber...-

En ella dejè la siguientes palabras que debìan seguir con el tema. Me explicò con todo lujo de detalles los pasos a dar y el porquè mi esposa no me lo dijo, enseguida me di cuenta de que tenìa que ser cauteloso, que allí habìa mucho que ganar y mucho que perder, y decidì jugarme todo a una carta.

-Esto no puede llegar a oídos de la familia de mi marido.- Terminò.

Quando terminamos el desayuno y la conversaciòn se hizo un poco alocada, entre risas y bromas, me invitò a sentarme en el sofà junto a ella. Me sentè a su izquierda y ella pidiò permiso para poner sus piernas sobre mis rodillas. Accedì de buen gusto por que sabìa que ese era el principio de algo que ambos deseàbamos. Acariciè sus pantorrillas y sus pies y no dijo nada, cambiò la mùsica por otra melodià que a ella le gustaba. Mis manos subieron atrevidas hasta sus muslos, y ella no decìa nada. Se incorporò y se sentò sobre mis piernas mientras yo acariciaba su trasero. Rodeè su cintura de madre y busquè sus ojos con mi mirada. Me sonriò con una sonrisa que incendiò màs, si se podía, mi cuerpo.

-¡Eres muy atrevido!- Dijo cuando busqué su boca con los labios.

Ya no podía dejar de acariciarla. Sus pechos estaban libres de ataduras y sus pezones eran puntas de lanzas al tacto de mis manos. Busqué sus labios nuevamente, los mismos que me negaba. Abracé su cuerpo mientras ella suspiraba, besé su cuello y sus mejillas por el calor sonrosadas. Más no me dejaba besar su boca que era lo que yo deseaba. Un tímido roce en sus labios, una caricia de mis dedos fue respondida con su lengua que dejó su saliva mientras sus ojos me miraban. Me estaba enloqueciendo.

-¿Quieres bailar...?- Preguntó.

-¡Si...!- Exclamé.

Nos levantamos del sofá y se abrazó a mí, poniendo cada una de las partes de su anatomía donde estaba la mía. Levanté su cabeza tomando su barbilla y, muy suavemente, besé su boca. Sus manos entraron por debajo de mi ropa buscando mi carne, mientras que yo buscaba su lengua y ofrecía la mía. Su saliva se mezcló en mi boca y el frenesí dió rienda suelta a una locura que el destino nos deparaba. El ritmo de la música solo duró dos minutos, ya nada importaba. Entre mis pantalones buscó su parte más deseada que encontró dispuesta para lo que a ella quisiera. Mis manos habían descendido por sus pechos hasta la cintura, y en ella pude advertir la falta de bragas. Busqué con mis dedos su vello público más éste no estaba, sentí la ternura ardiente y mojada de un sexo que me deseaba.

Mi pantalón había descendido hasta el suelo casi sin darme cuenta. Se arrodilló y metió en su boca toda la longitud de mi pene. Lo devoró, lo mordió, lo chupó sin compasión; me hizo gritar de dolor y placer, me hizo suspirar hasta la falta de aire, y llenó de gemidos la estancia. Me zafé de ella y se incorporó, buscó mi boca dando rienda suelta a sus instintos más salvajes, mordió mi lengua y mis labios, mi barba con tanta fuerza que mi grito se escuchó nitido a pesar de la música. La senté en el sofá y abrí sus piernas todo lo que estas permitían. Mi boca buscó ávida su sexo, su sabor mojado hizo que me dedicara con fruición a cada rincón del mismo. La sentía gemir y sus manos se aferraron a mi cabeza; empleé toda la longitud de mi músculo para hacerla disfrutar. Pocos segundos después su cuerpo se contraía de un placer encadenado por los orgasmos y dejó sobre mi boca una fuente de agua salada...

Algo golpeaba en mi mente las paredes de la culpa; hubo un momento en el que tuve que abrir los ojos para dejar de recordar la imagen de mi esposa cuando hacia el amor con ella. Sus momentos de pasiòn no llegaban a la altura de los de Martina. Pero trataba de abrir los ojos y no recordar nada. Sumergirme en aquèl mar de placer infinito, dar rienda suelta a mi instinto animal y disfrutar y disfrutar.

Me arrastrò hasta su habitaciòn donde ambos llegamos desnudos; las ropas se fueron quedando en el pasillo. Por ùltimo sacò un preservativo de un cajòn de una de las mesillas y me lo puso. No esperò màs y subiò sobre èl a modo de jinete sobre su montura. Cabalgò con la locura propia de una ninfòmana: gritos, jadeos, làgrimas... Perdi la nociòn del tiempo, solo bajè a la realidad cuando su cara se transformò dulcemente. Parecia una niña buena a la que se le habìa regalado algo muy deseado... Acercò su boca a la mìa y me besò largamente agradecida...

Mantuve mi cabeza fría y mi cuerpo muy caliente; era la primera vez que tenìa a una mujer de sus características para “mì”, para disfrutar y disfrutàrme. Ella tenìa cuarenta y un años, yo, cincuenta y seis. La dejè respirar a mi lado exhausta, transpirada y dulce. Sus ojos se habian vuelto màs claros, su sonrisa era sumisa e invitaba a seguir en la batalla. Varios minutos despuès me abrazò y buscò mi boca...

-¿Dònde has estado tanto tiempo...?- No respondì.

Tomò mi pene y lo dejò libre. Lo tocò con la yema de sus dedos, acariciando cada milimetro como si fuera algo muy especial. Acercò su boca y lo besò.

-Nunca tuve uno asì. No solo llega a mi punto “G”, sino que a todas las letras de mi abecedario...- Dijo mientras lo lamìa.

Una descarga elèctrica recorriò todo mi cuerpo. La batalla habia sido dura sin ninguna recompensa para mi. Su mirada invitaba desafiante a que tomara una decisiòn. Volvi a ponerme el preservativo e incrustè con todas mis fuerzas mi lanza en su cuerpo. Aferrado a la almohada hacia màs y màs fuertes los embates; entraba y salia dando luz verde al placer. Sus piernas en alto dejaban una panoràmica limpia y clara del acto que màs parecia una escena de una película pornogràfica. Cuando la sentì suspirar fuerte y derramar gritos de locura por la habitaciòn decidì subirme a su tren hasta llegar al infinito...Diez minutos màs tarde aun seguìamos

abrazados; mi cuerpo sobre el suyo, mis labios sobre sus labios... mi pene dentro de su vagina había perdido su fuerza, más ella no quiso sacarlo.

Levanté mi cabeza para mirar la hora.

-¿A qué hora salen tus hijas del "cole"?-

Su reacción fue inesperada. Tomé el teléfono y eligió uno de sus contactos. Hablé con alguien y quedé tranquila. Se levantó y se fue a la ducha de nuevo. En silencio volvió y se sentó sobre la cama. Me miró como quien mira a alguien desconocido. Yo pensaba que aquello no iría más allá de lo vivido, que al despedirnos pondríamos un muro entre los dos.

-Solo somos amigos, Martina. Creo que hemos llegado muy lejos con esto.- Ella negó con su cabeza, mientras se vestía y me daba la espalda.

-Tú tienes tu esposo y yo mi esposa, y no sería conveniente para los dos volver a vernos.-

Ella seguía negando con su cabeza.

-¿Dónde has estado tanto tiempo, mi amor...?-

La pregunta salió de su boca con un tono esperanzador.

La despedida fue larga, se abrazó a mí con fuerza, tal vez intuyendo que aquello no tendría una segunda oportunidad. Estábamos abrazados junto a la puerta de salida. Me besó largamente, su lengua buscó la mía ahogándose en su saliva. Intuí que la cadena de orgasmos que había tenido no habían sido suficientes y quería más; buscaba mi carne de nuevo, buscaba mi pene que ya había vuelto a estar en erección. Lo sacó de mi pantalón y volvió a meterlo en toda su dimensión dentro de su boca, mientras se desprendía de sus diminutas bragas dejando su sexo libre y fresco después de una segunda ducha. La subí sobre el sofá arrodillándola sobre él, admirando aquel hermoso trasero y, con una fuerte embestida, se lo incrusté dentro de su vagina. Un grito de dolor y placer se escuchó mientras una mano tomaba mi pierna y clavaba sus uñas en ella hasta sangrar. La postura encendió mi deseo y sentí que un nuevo orgasmo me llegaba. Nunca había sido tan brusco con una mujer, nunca había tenido tanto placer y enseguida nuestros gemidos fueron uno hasta quedar de nuevo sobre el suelo de madera donde nos abrazamos y besamos con fruición. Tres minutos después me levanté, abrí la puerta y me fui.

III

Los siguientes días fueron los días más largos de mi vida. Abrazaba a mi esposa a cada rato; el sentimiento de culpa no me abandonaba. Buscaba hacerla feliz y hacíamos el amor casi todos los días. Cuando estaba con ella no podía cerrar los ojos por que a mi mente llegaba una imagen que yo no deseaba: Martina.

Los días se hacían más largos sin saber de ella; parecía que había abandonado las redes sociales y yo decidí no escribirle más mensajes. Comencé a pensar que ella había tomado una decisión acertada y no quería volver a saber de mi. En el fondo me agradaba. Sabía que con el tiempo todo volvería a su cauce y lo vivido quedaría en una experiencia más de la vida...

Todo había tenido su inicio un tiempo atrás, cuando, sin esperarlo, me llegó una petición de amistad en las redes sociales. Siempre que llegaba alguien nuevo, yo solía mirar su muro antes de aceptarlo. Vi que aquella persona estaba entre las amistades de mi esposa y la acepté. No sabía quién era, ni le di mucha importancia a su llegada. Con el tiempo se fue haciendo una constante en los comentarios que hacía a mis poemas; poemas que publicaba para mis amigos y que algunas personas se sentían identificadas en ellos. Martina hacía comentarios largos donde siempre nombraba a mi esposa.

Días más tarde, Martina, me escribió un mensaje privado. En el me felicitaba y me daba todo tipo de reconocimientos por mi poesía. Yo pensé que era cortés contestar a sus palabras con agradecimientos y bendiciones. Aquí estuvo el comienzo de algo que yo no esperé, ni esperaba nunca en mi vida. Fuimos intimando y era raro el día que no teníamos, al menos, un saludo. De ahí pasamos a las conversaciones más largas, incluyendo el videochat. No la conocía, pero me estaba dando cuenta de que estaba absorbiendo mis tardes, que tenía que prender mi computador desactivando el chat para no ser localizado. Alguna vez me resultó agobiante.

Ahí empezó todo, cuando yo estaba en una etapa de mi vida donde los años ya comenzaban a dejar sus huellas. Martina fue una huella más

en mi destino, en mi vida, en mi cuerpo. Ha costado olvidarla por que ella dejò su huella, no solo en mi, en muchas personas...

Era un viernes de aquella semana, cuando lleguè del trabajo, del poco trabajo que tenìa, mi esposa estaba conversando con alguien por telèfono. Me diò un beso y continuò con la conversaciòn. Entrè al baño, me di una ducha y cambiè mis ropas por otras de estar en casa. Ordenè mis cosas y despuès puse en el refrigerador las cervezas que habìa comprado para la noche. Era costumbre nuestra tomar una cerveza los viernes por la noche viendo la tele y comiendo frutos secos en la cama. Nos amàbamos y siempre buscàbamos un momento agradable juntos, sabìamos demostrarnos el amor mutuamente. Despuès, cuando la cerveza se acababa, hacìamos el amor con toda la pasiòn del amor que da la madurez en las personas.

Mi esposa fue a mi encuentro al sentir que yo habìa salido del baño; me abrazò y besò largamente, acomodando su cuerpo al mio. Cuando se separò me mirò a los ojos.

-¡Mañana tenemos visitas para almorzar, vida mía...!- Dijo.

No parecìa feliz con la noticia, ni parecìa sentirse còmoda.

-Mi sobrina Martina viene a almorzar con su marido.-

Solo tuve un segundo para reaccionar y no sè còmo reaccionè. Me pareciò un segundo eterno que tratè de engalanar con una interrogaciòn en mi cara. Por nada del mundo querìa yo aquella visita en la casa, y menos con su marido.

-¡Ah...! ¿Ha llegado su esposo...?-

No se si dije o lo pensè, solo se lo que mi esposa me contestò.

-Me ha pedido que los invitara y que ellos van a traer algunas cosas para compartir.-

Parecìa falta de convicciòn y arrepentida de haber accedido al compromiso. No dije nada; ella sabìa que yo soy una persona sociable, que se adapta a todo. Obviamente la visita no era del todo desagradable, pero si inoportuna...

Aquella noche... estuve un poco fuera de lugar; hicimos el amor como siempre, disfrutando de cada beso, de cada caricia, de cada mirada. Me empleè a fondo queriendo resarcir la tremenda culpa que me embargàba. Puse todos mis sentidos en hacer feliz a la persona que màs amaba, a la mujer que conquistò mi corazòn desde el primer día que la conocì. Aùn

asì, mi cabeza no dejò de recordar lo que habìa conversado días antes con Martina. Le hice algunas confidencias que, intuì, que ella ya sabìa. Pensaba que aquella visita no fuera a comprometerme, dado que mi esposa no sabìa de nuestras conversaciones. Mi esposa se durmiò y yo tratè de hacerlo, pero no podìa. Pasè horas pensando en còmo se me ocurriò hacer semejante disparate. Me quedè dormido muy tarde...

IV

-¡Oiga, caballero, que ès hora de levantarse...!

Era la voz de mi esposa al oído. Abrí los ojos y le regalè la misma sonrisa con la que ella despertaba cada mañana. Me besò.

-¡Si que està dormilòn el caballero, vamos arriba, pues...!-

Mirè mi reloj. Eran las diez de la mañana y yo àun estaba en la cama. Me incorporè cuando ella entrò en la habitación con una bandeja con los desayunos.

-¡Buenos días, vida mia...! ¡Gracias, corazòn...!-

Agradecì cuando ella puso en mis manos mi desayuno. Cafè solo, tostadas con palta y jamòn, y unas galletas de cereales y chocolate. Siempre era agradecido con ella: la admiraba tanto como la amaba. Se sentò a mi lado, me besò de nuevo con un beso agradecido sin saber porquè.

-¡Esta noche has tenido pesadillas, amor. Has estado muy inquieto... ¿Te pasa algo, vida mia?-

El cafè estaba muy caliente, como a mi me gusta, y estaba dando el primer sorbo a la taza cuando escuchè sus palabras.

-No sè, amor, creo que he soñado feo. Ademàs me dormì muy tarde.-

-¡Ya tomò cafè con cafeina...!- Dijo miràndome a los ojos.

-¡No, amor, hace tiempo que no lo tomo, pero igual no podìa dormir.-

Desayunamos mientras ella miraba su matinal favorito de la televisión. Despùes cada uno puso su bandeja en su mesilla. Nos abrazamos largamente, nos besamos con la pasiòn de dos enamorados; tanta pasiòn hubo que mi miembro comenzò a dar señales de vida. Busquè su cuerpo bajo el pijama y senti el calor de su carne en mis manos. En esos instantes sonò el telèfono de ella y la miel se derritiò en nuestros labios.

Cuando terminò de hablar, me mirò disculpàndose.

-Ya vienen en camino... Me dijo que me llamarìa al salir para que no estuviera intranquila. ¡Vaya, si han salido temprano...!-

Me diò un beso y tratò de levantarse; yo la retùve pero entendì que, conociendo su forma de ser, seguramente querìa dar un poco de lustre al salòn. La dejè ir con un beso en sus labios y un "te amo" sincero y

agradecido. Me levantè, hice la cama y arreglè la habitaciòn. Tratè de evadirme y tomar una actitud indiferente. No debìa demostrar nada, ni hacer gestos que pudieran delatar o sospechar algo. Esperaba que Martina mostràra la misma indiferencia hacia mi, que mantuviera su sitio y estar a la altura de la amistad y el respeto con su tìa y su esposo.

Ayudè un poco en todos los preparativos, desde barrer el polvo del patio hasta cortar lechuga para la ensalada. Mi esposa no me dejò entrar en la cocina como a mi me gustaba. Sabìa de mis cualidades culinarias, pero tambièn de mi lentitud en los preparativos. No soy de alterarme mucho y cuando cocino me gusta hacerlo con amor. Aquèl dia no tocaba.

Dos horas despuès se presentò la visita. Yo no conocìa a su esposo y fue Alejandra, mi esposa, quien se encargò de hacer las presentaciones. Saludos y abrazos fue la fiesta de bienvenida; las risas de Martina demostraban su nerviosismo. Me saludò tendiendo su mano, la tomè y acerquè hasta mi cara y besè su mejilla. Su sonrojo no pasò desapercibido para mi. Su esposo traìa un detalle inesperado: mi botella de vino preferida. Los hicimos pasar y les invitamos a ponerse còmodos. La casa no era grande y la comodidad era meramente reducida. En una de las idas y venidas, Martina, puso su mirada en mis ojos y yo la sostuve limpiamente hasta que ella la bajò. Sus ojos me dijeron algo que no supe entender. Durante el resto del dia no volvimos a mirarnos como esa vez.

El almuerzo se sirviò a su hora. Eran las dos de la tarde cuando con una oraciòn dimos gracias a Dios y se iniciò la comida. Mi esposa y yo nos sentamos a un costado de la mesa, Martina se las ingeniò para sentarse al lado mìo, a mi izquierda, mientras que su esposo ocupò un lugar cercano a sus hijas. Servi el vino y las bebidas, no propuse un brindis por que no sabìa hasta donde podria llegar la peticiòn, y creì que ellos propondrian uno a su manera. A veces ser extranjero me hacìa meter la pata por lo distinto de mis formas de entender las cosas, casi siempre contraria a las suyas.

El "pebre" habìa quedado muy rico, picante como a mi me gustaba. Añadi un par de cucharadas a la sopa y lo fui acompañando con el vino. Sabìa que era el centro de todas las miradas, que buscaban escuchar mi forma de hablar, y yo supe estar a la altura de los temas, pero no le di importancia. En un momento una pierna tocò la mìa. Contuve un poco la respiraciòn, pensè que esa pierna podia ser vista por alguien. Me

tranquilicè cuando vi que el mantel cubrìa nuestra traicìon, pero aùn asì no estaba tranquilo.

Martina se fuè acercando, siempre por debajo de la mesa, y llevò su atrevimiento hasta el punto de acariciar mi pierna simulando rascarse. No me atrevìa a respirar, me quedè petrificado cuando sentì su mano. A tal punto llegò la osadìa que una de las veces que mi esposa se levantò por algùn olvido, ella tocò mi pene mientras hablaba con su esposo. En ese momento me levantè y acudì a socorrer a mi esposa que se veìa en apuros en la cocina. Martina se diò cuenta de la situaciòn y en el aprieto que me ponìa y, poco a poco, me fuì distanciando de ella.

El almuerzo fue muy rico y todos estàbamos en trance cuando llegaron los postres. Habìa helado, pero yo decidì posponerlo hasta que terminara la enèsima copa de vino. La botella que trajo la familia invitada se habìa terminado y abrí una de las que tenìa para mi consumo. Merlot de reserva que yo comparaba con los vinos de mi tierra, por su sabor a madera. Me gustan los vinos fuertes y recios.

A Martina pareciò no gustarle que separara mi pierna de la suya y, cuando me miraba, lo hacia con fuego en los ojos. En ese momento me di cuenta del doble standard que era capaz de desarrollar segùn su conveniencia. Conversaba de sus cosas, se reìa con esto o aquello. Hacìa observaciones que me dejaban boquiabierto por su contenido cultural. Ella sabìa cual es mi mayor aficìon y decidiò escoger el tema para que yo entrara en la conversaciòn màs de lo que lo hacia hasta el momento. Ademàs mi esposa parecia ser còmplice, y yo me sentìa descolocado.

Tomamos cafè y tè; algùn pastelito que habìan traïdo para mi segunda sorpresa. ¿Còmo sabìa ella que me gustaban tanto los dulces de chocolate? Al final quedè pidiendo socorro, por que ya no me entraba nada màs en el estòmago. No se cuàntas horas estuve comiendo y bebiendo sin parar... El esposo se retirò y dormìa plàcidamente en el sofà. Alguna foto para las redes sociales donde yo era la primera figura - de haberlas visto antes, no hubiera permitido su publicaciòn - pusieron la guinda a la sobremesa. En casi todas, ella estaba a mi lado, y aprovechaba para acariciarme la espalda cuando su mano se cogia a mi cintura. Yo miraba a mi esposa que parecia no dar importancia a los hechos. Poco despuès me sentè en un sillòn y me puse a hacer dùo con los ronquidos en el salón.

No se el tiempo que estuve dormido, ni tampoco supe cuándo mi esposa me cubrió con una manta pequeña; solo se que al despertar no había nadie en la casa. Busqué, llamé y nadie había, nadie contestaba. Entré al baño, lavé mis dientes y me miré al espejo; de nuevo volví a mi el sentimiento de culpa que me embargaba; de nuevo volví a poner en tela de juicio mi hombría y personalidad. Mi esposa no se merecía aquello, pero... ¿Por qué no me dijo nada y continuó con llevar la "sorpresa" hasta límites donde mi curiosidad pudo más que la paciencia...? De eso se aprovechó Martina. Su amistad era tan fuerte que, pienso, entre ellas conversaron aspectos íntimos; palabras que hicieron que la sobrina se sintiera atraída y de ahí la locura que habíamos cometido.

Sali al patio y estaba desierto. No me imaginaba dónde se habían podido ir sin decirme nada. Tome el ordenador y entré en la red social. Varios mensajes adornaban el apartado de chat en un número más que considerable. Amigos, seguidores... y Martina... Abrí el suyo mirando a través de la ventana por si venía alguien. Lo leí aprisa, era un mensaje donde dejaba muy claro sus sentimientos y el porqué no se había puesto en tantos días en contacto conmigo y el motivo: la llegada de su esposo. Borré sus palabras sin demora; no me entretuve en leerlo de nuevo, sabía y había interpretado bien lo que en aquellas letras se expresaba. Vi, además, el tiempo que hacía que escribió el mensaje y era de hacía una hora. ¿ Dónde había escrito aquel mensaje?

Minutos más tarde se escuchaba el eco de las risas que se acercaban por la entrada del patio. Había cerrado el ordenador y les salí al encuentro.

-¡Hola tío...!- Saludó Martina.

-¡Hola...!- Respondí al saludo.

-Nos fuimos a dar un paseo corto, amor.- Dijo Alejandra, mi esposa, mientras sonreía y ponía un beso en mis labios. El esposo de Martina no llegó y, cuando iba a preguntar el motivo de su ausencia ella lo disculpó.

-Se quedó conversando con un conocido. Parece que hace tiempo que no se ven, tío...-

"Tío", me hacía gracia la palabra y más la forma de expresarla. Sabía que tenía que guardar las formas delante de la familia, y ella lo hacía.

Martina me mirò con esa mirada suya que encendía mis venas, con esa luz que no podía ocultar a mis ojos. Yo sostenía la lucha hasta que ella buscaba un punto donde desviar su atención. Hubo momentos donde el rubor llegó a encender sus mejillas, pero no hubo nadie presente.

La tarde comenzó a caer sobre los cerros quilpueinos; era una tarde apacible donde las hojas del otoño ponían su nota ocre sobre la tierra del patio. La luz se fue apagando lentamente, comenzó a descender la temperatura y decidí ponerme algo de abrigo. El invierno estaba próximo y el trabajo estaba cada vez más escaso. Eran muy pocos los trabajos de jardinería que se solicitaban. Cada día que pasaba veía como se hacía más difícil llegar a fin de mes; nada era como antes y había que apostar fuerte en las ocasiones que se presentaban. Cuando tenía días libres, que ya eran muchos, salía a poner publicidad por las casas y los condominios. A veces llegaba alguna llamada pidiendo presupuestos que después no atendían. La "sorpresa" era mi tabla de salvación y no podía negar a recibirla aunque el precio podía ser el no deseado.

De nuevo todos sentados a la mesa. La once estaba servida; café caliente y solo, acompañado con panes, jamón y palta, bizcochos y un pie de limón que la visita había traído para sorprender de nuevo al "tío". No tenía dudas de que mi esposa había puesto a su sobrina al día con mis gustos. Algunas preguntas inoportunas llegaron desde el sentir masculino del esposo de Martina. Preguntas sobre la situación en la que vivíamos y las posibilidades de poder salir adelante. En sus palabras se hacía evidente que su esposa ya lo había puesto en antecedentes. Como yo soy humilde no oculté nada; dije la verdad en todo momento aunque el nunca insinuó la "sorpresa".

Llegó el momento de la despedida cuando la noche ya era un hecho. Palabras de agradecimientos y abrazos de despedida. La cortesía les llevó a invitarnos a su casa en una quincena más para que estuviera el esposo de Martina con nosotros. El trabajaba en otra provincia y volvía cada quince días. Cuando le llegó el turno de despedirse de mí, Martina, adoptó una postura idéntica a la que tuvo en la llegada: tendió su mano y yo la estreché con frialdad.

Aquella noche me llegó un nuevo mensaje a la red social; esta vez llenó el chat de palabras de agradecimiento en su nombre y el de su esposo por todas las atenciones que, con mi esposa, habíamos tenido

hacia ellos. El mismo mensaje fue enviado a mi esposa, aunque minutos más tarde ambas conversaban sobre "sus cosas". Ya estábamos en la cama y yo apagué mi ordenador, besé a mi esposa y me quedé dormido... Más tarde sentí cómo se abrazaba a mi, como se pegaba a mi cuerpo que sentía muy suyo.

El trabajo, con la llegada del invierno, fuè disminuyendo; pocos jardines quedaban para mantener y la economía se iba evaporando día a día. Mi esposa trabajaba por horas en un negocio de venta textil y ganaba un mísero sueldo con el que nos íbamos arreglando. Aquello era superior a mí, aunque no lo demostraba, y estaba haciendo daño en mi ego. No soy hombre que viva de las mujeres; nunca lo fui pero no me quedaba otra que apretar los dientes y seguir buscando faena. Tenía fe en que algo bueno llegaría, o ya había llegado.

Días más tardes recibí un nuevo mensaje en el chat; obvio que no me había olvidado de ella y la veía conectada cada noche sin poder hablar. En él dejaba muy claro lo que quería; su esposo había vuelto al trabajo, y ahora estaba yo para su capricho. Me negué a volver a su casa, argumentando que tenía trabajo, pero ella sabía que no era cierto - se hacía con los informes a través de su tía - y me pidió por favor que fuera por que tenía algo para mí. Ya había entrado en un callejón sin salida y tenía que seguir caminando por el hasta el final. Las consecuencia no las valoré.

Respondí con un mensaje donde aceptaba su invitación, mientras que ella, a su vez, ya lo había dado por hecho y en dos segundos me dejó escrita la dirección y cómo tenía que hacer para llegar hasta su casa. No se podían correr riesgos de que nos vieran entrar juntos más veces. Tuve que empezar a buscar algún argumento creíble para despistar a mi esposa. Ella sabía que yo salía a poner publicidad, pero volvía en tres horas más o menos, pero ya el día anterior había salido y no salía dos veces seguidas. Enseguida puse en funcionamiento la imaginación y la mentira.

-¡Alò...! ¡Hola buenas tardes...- Una llamada inventada - Si, soy yo... ¡Sì...! Bueno, pues. Dígame la dirección, por favor...-

La representación fue perfecta. Madera de actor me sobraba; pero me dolía tener que mentir y seguir mintiendo. Mi esposa me había escuchado y terminé mi obra de teatro.

-Tengo que ir a hacer un presupuesto, amor.- Ella se alegró por que sabía por lo que estaba pasando; no le gustaba verme deprimido por falta de trabajo.

A la mañana siguiente salí temprano de la casa. Tenía que tomar precauciones por que mis pasos llevaban el sentido opuesto de donde yo ponía mi publicidad. Tomé locomoción hacia un sitio y me devolví hacia otro. El metro se demoró mucho tiempo, o a mi me lo pareció, en llegar a destino y yo me sentía impaciente y nervioso. Cuando salí de la estación de metro, crucé la calle y compartí colectivo con otras personas. Puse un mensaje de texto para decir que llegaba.

Subí las escaleras con tranquilidad; llevaba el gorro puesto y mi mochila al hombro. Cuando llegué a la puerta del departamento se abrió sin necesidad de llamar; entré y en dos segundos sentí que me faltaba el aire. Sus labios abarcaron los míos sin demora, me abrazó cerrando la puerta y puso tanta fuerza en su abrazo que hasta me dolió. La dejé hacer sin poner resistencia.

Tres horas más tarde salía de la misma forma que había llegado; solo que en mi cartera viajaban cincuenta mil pesos que antes no tenía. Aquí comenzó la caída libre, aquí empezó a descender mi valía como persona. Sabía que Martina lo hacía con buena voluntad y también por que me quería tener a su antojo. Obvio que le gustaban mis manos, mis besos y mi pene; obvio que había encontrado lo que, como ella decía, nunca había tenido. Le pedí por favor que no se enamorara, que podíamos tener sexo cuando ella quisiera, pero solo eso, sexo. Desde aquel día tuve que seguir mintiendo por que ya se hicieron muy seguidas las visitas y el dinero no me faltaba en la cartera.

Cuando volvía a la casa, volvía cansado. Siempre eran tres horas de sexo sin interrupción; aquella mujer parecía no tener fin; era insaciable sin demora; tenía sus orgasmos seguidos y sabía como era cada uno de los rincones de mi cuerpo. Sus besos eran salvajes y su lengua una herramienta de dar placer. Sabía donde y cuando y en qué momento. Le gustaban las escenas eróticas y mirarse al espejo mientras miraba la longitud de mi pene como entraba y salía de su sexo. Sus mordeduras dejaron huellas en todos y cada uno de mis lugares más delicados. Un día terminé con el glande morado y otro fue la lengua la víctima de sus violentos chupetones.

Yo estaba entre sorprendido y satisfecho; entre enojado y arrepentido. Nunca había vivido algo así, nunca había tenido una ninfómana en mi cama. Obvio que no existía el amor; yo no pensaba enamorarme de ella ni

tener una relación extramatrimonial por mucho tiempo. Lo que yo buscaba era la "sorpresa", esa maldita "sorpresa" a la que ella comenzó a poner peros, a decir mentiras y a dejar el tiempo correr sin prisas por que sabía que ya me tenía atado de alguna manera.

Los días fueron pasando y sus exigencias llegaron a límites insospechados. Ya no respetaba las llegadas de su esposo por que siempre tenía una excusa para salir a juntarse conmigo y de ahí irnos a un motel. Alguna vez su esposo le acortó el dinero. Empecé a creer que aquello tenía los días contados, que al final se cansaría de mi, pero yo estaba totalmente equivocado. Se refugió cada vez más en mi esposa; su amistad estaba llegando a ser constante cada día y no desaprovechaba la ocasión de llegar a la casa con algún pretexto y yo me estaba viendo superado. Acordó dejar su iglesia de siempre para venirse a la misma que nosotros, para poder estar más tiempo a mi lado. Era evidente que Martina se había enamorado

VII

Un dia llegò llorando y no quería responder a mis preguntas. No sabía lo que le pasaba y tampoco quería decirme. Yo sabía que el motivo era su esposo, por que en aquellos días estaba en la casa, pero al final decidí desistir en que me dijera. No quiso ir al motel pero tampoco podíamos estar juntos en la calle donde alguien conocido nos viera. Decidimos entrar en un bar y pasar allí el rato juntos; al fin, entre lágrimas, decidí decirme lo que le pasaba.

-Ya no quiero hacer el amor con mi esposo; siempre le digo que tengo la regla y hoy me ha forzado; viene desesperado y solo quiere sexo y sexo. Cada día me trata peor, ya no me da ni plata para los gastos de la casa. Me da asco que me toque, no soporto que quiera poner sus manos en mi sexo y menos aún su pene. Quiero pedirte que nos escapemos juntos...-

El final de frase tuvo como final a Martina abrazada a mi, llorando en mi hombro. Me eché a temblar por que aquello no lo esperaba; no podía creer que aquella aventura hubiera llegado tan lejos. Traté por todos los medios de disuadirla de sus intenciones. Yo no me iba a ir con nadie; ella sabía que no cambio a mi esposa por ninguna otra mujer, y que no estaba enamorado de ella como para hacer semejante locura.

-Te recuerdo que desde el primer día quedamos en que no había que enamorarse. No estoy interesado en salir huyendo contigo. Tienes que poner calma a tus pensamientos y valorar que tienes dos hijas...-

Hacia muchos días que la ilusión de la "sorpresa" se había ido desvaneciendo y ya ni siquiera sacaba a relucir su mentira. Tampoco tenía dinero para el "servicio", cosa que yo ni siquiera pensaba, por que su marido la había racionado y le retiró el acceso a las tarjetas. Su rabia se incrementó cuando el la llamó por enésima vez, y esta vez ella le contestó. Habló mucho tiempo; yo traté de alejarme un poco del tema. En esos momentos no estaba para escuchar más de lo que ella me contara. Hubo palabras fuertes y amenazas subidas de tono. Poco a poco la conversación fue tomando una musicalidad suave que parecía un susurro... En la despedida se escuchó "un te amo" salido desde el corazón.

Nunca tuve dudas de que Martina amaba a su esposo, solo que se sentía muy sola y, además, por lo que ella contaba, él era un ser egoísta en todos los sentidos de la vida. A veces pensé si había más hombres en su vida; incluso formulé más de una vez esa pregunta, a la que ella siempre respondió negativamente después de un largo silencio; silencio que me hacía pensar lo contrario. No había conocido jamás a una persona más impredecible que Martina; tenía la virtud de saber mentir en el momento justo para hacer verdad lo increíble.

Cuando volvió de hablar con su esposo, pintaba una sonrisa en sus labios. Me besó largamente, buscando con su lengua en el interior de mi boca. Era un lugar público y yo puse cordura en su proceder.

-Siempre te dije que mi esposo bailaba en la palma de mi mano. ¿Cierto?- La miré y no respondí.

No sabía hasta qué punto era verdad lo que me había dicho, o, como yo ya sospechaba, ella estaba jugando con él y conmigo. Salimos a la calle en la zona más concurrida de la ciudad; parecía como que yo ya había perdido el miedo a que me vieran con ella. No entendía qué me estaba pasando. Ambos sabíamos que su esposo estaba allí y no nos importaba. Nos acercamos al puerto y contemplamos las barcas llenas de turistas. Las aguas negras reflejaron nuestras caras. Alguien se hizo una foto cerca de nosotros y nos mostró la imagen de fondo donde ella se deleitó en un beso robado...

Se me hacía tarde y volvía a la casa sin dinero; de nuevo había que inventar algo, de nuevo una nueva mentira, de nuevo tendría que seguir mintiendo para poder ser creído. Aquél hombre que habitaba en mí ya no era yo. Aquél hombre tenía la inseguridad marcada a flor de piel; sabía que todo lo trabajado durante cuarenta años se perdería si no se llegaba a cabo la "sorpresa". Ya no sabía hacia donde llegarían las incoherencias que inventaba para dejar constancias de mis salidas. Mentía y mentía siempre amparado en el dinero que Martina me daba en cada uno de mis trabajos.

Aquella tarde volvía a la casa sin dinero y seduje a mi esposa con una flor de las que me gustaba regalarle. Ella me besó con ternura, puso sus labios en los míos con un roce dulce y agradecido. Sabía que lo estaba pasando mal, que no encontraba el final del túnel, que no había salida para mis proyectos. Gracias a Dios ella estaba ajena a todo lo que

acontecía. Gracias a Dios ella no imaginaba nada de lo que sucedía a sus espaldas.

Estaba arrepentido de lo que hacía, pero me había subido a un tren sin destino, un tren que me llevaría a un precipicio donde terminaría todo lo que un día fueron mis sueños. Había encontrado a una mujer que me amaba, una mujer que había dejado a un lado muchos sentimientos y cosas por mí y la perdería por no saber decir la verdad o por seguir accediendo a los caprichos de una mujer que no significaba nada para mí. Dios tenía la última palabra...

XIX

Al otro día, domingo, acudí a la iglesia. Había quedado con mi esposa en encontrarnos allí. Fui recibido por el pastor, como siempre, y fueron pocos los hermanos que me saludaron. Era evidente que la noticia había llegado a la iglesia, pero no me importó. Iba pedir perdón a Dios por mi proceder, por mi comportamiento. Yo sabía que Dios me perdonó, pero necesitaba alabarlo cantando sus canciones y salir en paz con Dios, con mi esposa y conmigo mismo. Los demás no me importaban. El esposo de Martina entró y nuestras miradas se encontraron. Ni una palabra, ni un saludo.

Mi esposa llegó cuando el culto ya había comenzado y se situó a mi lado. Sonrió, me besó y juntos cantamos las alabanzas para dar gracias a Dios. En el culto tocó escuchar palabras que nunca había deseado, peticiones al Señor para que me alejara de las fronteras de Chile, para que no volviera más a aquellas tierras. Yo tengo mis convicciones y supe aceptar aquellas palabras sin remordimientos, sin odios, ni reproches. Había hecho daño y ahora tocaba pagarlo. No volví más a la iglesia.

Terminó el culto y salí con mi esposa. La acompañé hasta la parada cercana a la casa y por el camino nos besamos como antes. En su mirada se veía el amor que sentía y que no podía esconder. Conversamos de mi regreso, de irnos a vivir a otro sitio, de infinidad de proyectos siempre con una demostración de amor y fidelidad. Ahora sabía que no la había perdido del todo, que algo en mi interior me decía que luchara por ella, que demostrara mis sentimientos y pidiera a Dios con fe todos los días: Él me escucharía.

La micro llegó a la parada y allí nos bajamos los dos. La acompañé hasta la subida de la calle y allí, sin decir palabras, nos fundimos en un hermoso abrazo, nos besamos como siempre y un hondo suspiro salió de mi pecho. La amaba y no quería perderla. Desde aquel momento mi lucha se hizo más constante. No podía dejar de hacer proyectos, de hacer números para nuestra vida futura, de seguir escribiendo con la esperanza de poder vender mis novelas. Nunca me había sentido tan culpable del daño que le hice, nunca había tenido tanta fe en mi mismo, nunca había sentido tanto amor en mi corazón, nunca me sentí tan bajo y despreciable, nunca... Se fue caminando por la calle mientras yo la observaba. No tenía

palabras, ni flores para regalarle; no tenía perdòn y ella me había perdonado. Podía ser el hombre más dichoso del planeta, pero un error, un engaño, una mentira, una mujer dieron con tanta felicidad en el suelo. Me prometí a mi mismo luchar y trabajar para volver pronto. Tomé una micro y me fui con el corazón contraído y el alma llena de esperanza.

Llegué a Villa Alemana y busqué un ciber, pero mi búsqueda fue imposible. Todo estaba cerrado. No podía comunicarme con nadie, ni saber de ella hasta el otro día. Tuve que rendirme a la evidencia y dejar que pasaran las horas. Caminé por las calles sin rumbo ni destino. No quise ir a visitar a María C. por que no veía bien volver a vernos. Ella tenía una vida hecha, una vida en paz que compartía con su familia y no quería ser un intruso.

A la hora del almuerzo comencé a darme cuenta de que el dinero escaseaba, tenía que economizar mis gastos por que aún no sabía cuándo me marcharía. La pensión era cara y sólo me quedaba para dos días. Compré pan y unas rodajas de embutido, una botella de zumo y me fui a la plaza. Allí me esperaban los perros vagos de siempre y, esta vez sí, compartí con ellos el pan.

La tarde fué cayendo lentamente mientras yo me consumía en mi soledad. Me fui la pensión y traté de dormir unas horas, más no pude; no podía dejar de pensar en aquellas palabras dichas durante el culto, en aquella petición a Dios, en aquel deseo o en aquella oración. Fueron palabras dichas desde el sentimiento enojado, desde la circunstancia inesperada, palabras que no se midieron con el mismo medidor. Palabras de un cristiano que no conocía el significado de la palabra perdòn. Saber perdonar, saber hacerlo como un día lo hizo Dios. Mi conciencia estaba tranquila, dolido mi corazón.

Sali a la calle de nuevo y deambulé por ellas sin sentido. Me detenía a observar los jardines en los que había trabajado antes. Con los aires de septiembre y la proximidad de la primavera, todo iba cambiando de color y en todos ellos se notaba la ausencia de una mano que les diera vida y amor. En todos se veía la falta de un trabajador digno de su profesión. Los aromos estaban amarillos y el verde de los setos tenía otro color. El frío del invierno había dejado su huella en cada uno de ellos. Recordé las horas pasadas, los trabajos hechos, los diseños y las anécdotas que en

cada uno había vivido yo. Un sentimiento de nostalgia comenzó a invadir mi corazón.

La noche envolvió con su manto la ciudad; era temprano para ir a dormir y, sin querer, me acerqué al teatro Pompeya situado cerca de la plaza. La gente se había acumulado en su entrada donde unos titeres hacían su actuación. Dos actores cantaban mientras hacían bailar y cantar a sus marionetas. La destreza y la coordinación con la que hacían su trabajo era motivo de alegría y admiración. Cantaban canciones que me traían recuerdos de mi juventud, imitaban a cantantes y se disfrazaban con atuendos que daban más parecido a la imitación. La gente que pasaba se quedaba escuchando y cada vez eran más las personas que se acumulaban. Yo no soy dado a las grandes masas y decidí alejarme hacia un lugar desde donde se escuchaba pero no se veía. Tenía una sonrisa pintada en mi boca; igual cantaban canciones que componían a su albedrío con letras adaptadas a la música.

La noche se hizo sobre Villa Alemana. El aire se hacía cada vez más frío y traía en sus átomos la fragilidad de los primeros olores primaverales. Ya se notaba en las calles las cercanías de las Fiestas Patrias. En cada comercio se anunciaban adornos y atuendos para las mismas; folklòre y comidas, carnes, parrillas para los asados, vinos y todo lo que era nacional y endémico. Un suspiro muy hondo salió de mi pecho. La fiesta no las pasaría con mi esposa. Me fui a dormir sin comer nada aquella noche, no sabía los días que tendría que estar en el país y decidí empezar a economizar.

Entré en mi habitación y encendí la tele. De vez en cuando se movía la tele y la lámpara, las réplicas no habían cesado, solo que en la calle no se notaban. Me había ido adaptando a vivir con aquellos movimientos y los asumí, de alguna forma, como familiares. Recordaba que al llegar a Chile los desconocía y les tenía pánico; a veces me reía recordando mis estados de miedo cada vez que sentía crujir la madera de la casa donde vivía, o, cómo sonaban los cristales de las ventanas, mientras que yo salía corriendo hacia la calle ante las risas de los demás. Ahora que me había integrado e hice mías las costumbres del lugar donde fui acogido, ahora tenía que irme. Me acosté, apagué la tele y me dormí.

A la mañana siguiente despertè entre alborotos y sonidos de bocinas en la calle. No entendia el significado de aquella algarabìa, ni me preocupè en saber. Me levantè con pereza. Se notaba mi cansancio y la falta de descanso de aquellos dias. Salì de la pieza y entrè en el baño con mi toalla al hombro, mi bolsa de aseo y demàs, para darme una buena ducha. Me duchè, afeitè y salì del baño en la mayor brevedad posible. Era compartido y habìa que tener condescendencia con los demàs clientes de la pensión. Estuve viendo la tele durante unos minutos, pero no habìa ningùn matinal que fuera de mi agrado. Me vestì con ropas de abrigo, previniendo ante la frialdad de la mañana, y salì a la calle en busca de un lugar donde poder desayunar.

La gente caminaba apresurada por la proximidad del metro. El tren llegaba cargado de pasajeros desde los puntos màs lejanos con destino a las ciudades cercanas al mar. Viña del Mar y Valparaíso eran los destinos que màs personas recibian. Las proximidades del trabajo, las universidades y los miles de visitantes hacian que los vagones se convirtieran en un amasijo de seres humanos. Siempre habìa evitado subir al metro en esas condiciones.

Se notaba que la ciudad se estaba preparando para vivir las fiestas nacionales. Sus calles estaban decoradas con el mejor gusto chileno. Los colores de su bandera eran realzados con ponderación; siempre admirè el patriotismo chileno, còmo amaban su país y su bandera. En mi corazón sentì que algo muy tènue se rompìa aunque yo no quisiera. Alcè mi mirada hacia el cielo cuando sentì que unas gotas de agua caían sobre mi cabeza.

Caminè por las calles sin rumbo; parecìa que mi instinto me llevaba a querer llevar cada rincòn de ellas en mi memòria. Todo lo que me rodeaba me resultaba familiar y habìa sido parte de mi vida los ùltimos cinco años. Cinco años que pasaron en un soplo, cinco años llenos de amor, cariño y admiración. Cinco años donde vivì una de las mejores experiencias de mi vida, donde conocì a personas que siempre me recordarán, donde sentì el amor... ese amor que nunca se olvida.

Poco a poco los comerciantes fueron abriendo sus negocios, y los vendedores ambulantes fueron tomando su sitio sobre las aceras. Sus

voces se alzaban anunciando sus ventas callejeras; algunos eran desconocidos y anunciaban sus novedades hechas a mano para las fechas. Cuando quise darme cuenta caminaba rodeado de personas que, sin quererlo, hacían de aquél día un último recuerdo para mi vida. Me sentía nostálgico, lleno de recuerdos imperecederos, anécdotas vividas en aquél lugar para siempre entrañable.

Entré en el ciber y fui reconocido de inmediato; pedí el mismo ordenador de siempre y, con una sonrisa y el pulgar en alto, el joven me indicó que tomara asiento junto al aparato. El sistema estaba lento y se demoró en abrir mi correo. La sorpresa me esperaba anudando la inquietud. Cuando al fin se cargó la página tuve que respirar hondo debido a la emoción: un pasaje de avión esperaba para devolverme a mi país. Tuve que hacer algunos trámites requeridos por mi paso en los Estados Unidos y, de ahí, estaría en mi casa en dos días.

Cuando salí de nuevo a la calle era otra persona. Mi pierna seguía débil y parecía que, incluso, había tomado fuerzas de no sé dónde. Estaba eufórico, pero la euforia duró poco cuando pensé en Alejandra, mi esposa. Ella compartía conmigo mis deseos de volver sin saber cuándo volveríamos a vernos. Ella se quedaba esperando mi regreso. Una lágrima rodó por mi mejilla.

Aquella tarde se lo comuniqué en la tienda, aunque ella ya lo sabía, y estuvimos mucho rato en silencio. Imaginé qué pensamientos corrían por su mente, qué palabras necesitaría para adornar mi despedida, qué sentimientos quedarían en nuestro último abrazo, qué sería de nosotros en la distancia, qué quedaría de tanto amor con el tiempo...

Mis deseos eran volver pronto, solucionar todos los temas a los que tenía que dar vida y volver. No quería estar mucho tiempo lejos de sus abrazos, no quería estar solo ni sentir la soledad que a ella la envolvería. Sabía que no sería una tarea fácil, pero conocía mis cualidades y mis armas de lucha.

-¡Volveré pronto, amor...!- Mis palabras cortaron el silencio espeso que nos envolvía.

Ella me miró y sonrió. Por sus mejillas corría una lágrima. La abracé como si este abrazo fuese el último, como se abraza por última vez, como se abraza cuando el amor tiene el sentimiento de culpa y la duda. La abracé y limpié sus lágrimas mientras que trataba de esconder mis ojos a su

mirada. Aquella tarde no se hablò màs de mi marcha. La acompañè, como todos los días, hasta el lugar donde tomaba la locomoción que la llevaría a la casa. Una sonrisa pintò mi cara cuando la vi partir. Sabía que el tiempo pone las cosas en su sitio y que Dios me había castigado por todo lo que hice; sabía que pronto estaríamos juntos, donde fuera, pero que nuestro amor no fue una quimera y ahora tocaba demostrarlo.

A la mañana siguiente, Alejandra, mi esposa, me acompañò hasta la estación de buses desde donde tenía que viajar al aeropuerto. Nuestras caras lo decían todo, nuestras palabras eran palabras que no correspondían a los pensamientos. Nos abrazamos infinitas veces llenando nuestras bocas de besos. Tomè su mano y en ella pude ver el anillo de matrimonio que ella se había sacado después de los acontecimientos. Le di las gracias y puse en la sortija un beso.

Subì al bus mientras se descoordinaban mis pensamientos. La vi marchar, sola, como había venido a mi encuentro, mientras que un mar de làgrimas me llevaba mar adentro...

EPILOGO.

Quince meses después, después de muchos días de lucha, fui a buscarla al aeropuerto de Madrid donde volvimos a abrazarnos. Dios nos regalò una segunda oportunidad...